

Los intelectuales y el sistema de libertades

En el verano de 1981, el sociólogo español Juan Linz publicó en CUENTA Y RAZÓN un artículo importante sobre *La libertad y el autocontrol de los intelectuales*. En él advertía que si hay un ideal evidente y una exigencia imperecedera de los intelectuales como sector social y como grupo de protagonismo histórico es la libertad, pero que al mismo tiempo, sin embargo, son precisamente ellos los que han hecho más por hacerla desaparecer. El hecho es profundamente paradójico y, sin embargo, no tendría que extrañar al lector. La razón es muy sencilla: las grandes revoluciones de la historia —que han tenido un resultado final liberticida— han sido acontecimientos protagonizados por intelectuales o pseudointelectuales. El supuesto protagonismo atribuido al proletariado como motor de la historia se contradice con la realidad. Ni Marx, ni Lenin, ni Trotski, ni Mussolini, ni Hitler fueron proletarios ni, en cambio, cabe atribuirles la condición de intelectual, aunque en los últimos más bien esa condición sería una pretensión más que una realidad. Y, por supuesto, esta afirmación no contradice la realidad de lo dicho. Como intelectuales ejercieron un papel crítico en el pasado con una mayor o menor libertad, y, en todo caso, exigiéndola, pero cuando alcanzaron el poder la destruyeron. Incluso más característico es el caso de los intelectuales entregados a un ideal totalitario, protagonistas de muy segundo orden de la vida política, y de los que no puede decirse que fueran simplemente cortesanos o que estuvieran corrompidos por el régimen. Un Gentile en la Italia mussoliniana o Gorki en la Rusia de Lenin, siendo intelectuales y por eso necesaria y casi ideológicamente volcados hacia la libertad como exigencia personal, sin embargo, fomentaron y apoyaron la existencia de regímenes que la hacían imposible.

Afortunadamente, la veracidad de la afirmación de Linz se puede contraponer a muchos otros casos en que los intelectuales han buscado, ante todo y sobre todo, la defensa de las causas nobles y justas, entre las cuales estaba principalmente la de la libertad. Esta actitud reivindicativa es un he-

cho relativamente reciente en la historia universal. Hasta la época moderna e incluso durante ella el intelectual ha solido ser un intelectual cortesano y como tal defensor de los poderes establecidos. Así como el artista ha sido considerado como un artesano hasta la modernidad, el intelectual no se ha convertido en tal hasta el tránsito del siglo xix al xx. Por supuesto, existían los intelectuales; pero el propio término intelectual como tal nace como consecuencia del *affaire* Dreyfuss en el fin de siglo francés. En España, la misión social del intelectual aparece, en parte, con los fusilamientos de Montjuich, a finales del siglo xix, y sobre todo con la generación acaudillada por Ortega a partir de 1914.

En el siglo xx, por tanto, el intelectual, clase independiente, destinataria de los favores del público y responsable de alguna manera ante él, se ha sentido obligado a ejercer una misión moral sobre los poderes públicos que en otro tiempo ejercían los clérigos. Este papel moral adquirió en los años cincuenta una definición con el término «compromiso». Como se sabe, fue realizada precisamente por un intelectual que hasta esos años no se había caracterizado precisamente por su intervención en cuestiones políticas: Jean-Paul Sartre. Con su teoría del «compromiso» (el *engagement*) Sartre consiguió combinar dos atractivos considerables: el de la necesidad de actuar en el terreno político y social y el de no hacerlo de una forma que implicara una sumisión radical a un ideario partidista. A la altura de los años cincuenta era bien patente ya los escasos o aun intolerables resultados de un compromiso político que hiciera al artista o al intelectual sumergirse en un movimiento totalitario de una forma incondicional o con reservas que no expresara de forma pública. La poética social o el realismo socialista en las artes han dado un resultado, desde luego, lamentable. Octavio Paz ha escrito, con razón, que este arte o literatura comprometidos no traducían en la realidad más que el maniqueísmo del propagandista o el servilismo del funcionario. En donde quiera que ese arte o esa literatura comprometidos se hayan desarrollado, los resultados han sido inevitablemente doctrinarios, confesionales e incluso clericales. Y eso vale con respecto a los países de carácter totalitario que han querido comprometer su creatividad artística o literaria. En lo que respecta a los países con instituciones políticas liberales puede decirse, desde luego, que en muchas ocasiones el arte o la literatura comprometidos han sido una buena forma de esgrimir la cólera de quienes lo practicaban, pero no por ello necesariamente los resultados han sido la mayor parte de las veces positivos.

Sartre tuvo el mérito de conseguir desvincular el compromiso con una opción política precisa, pero de hecho él siempre fue compañero de viaje del Partido Comunista, pues, aunque de manera infiel, a él parecía unido por un irrevocable destino. Decía, por ejemplo, que el marxismo era «la insuperable filosofía de nuestro tiempo» y que la colaboración con el Partido Comunista era al mismo tiempo «necesaria e imposible». Esto parece un juego de palabras que por muy bellamente literario que parezca en cuanto a contenido es puramente paradójico. Aplicado en términos concretos por el propio Sartre,

se convertía a veces en una simple necesidad. Sartre llegó a escribir que ante el llanto de un niño por el hambre no tenía sentido ninguna literatura. Lo malo de esta afirmación es que impedía cualquier tipo de matices: ¿hasta qué número de calorías hay que llegar para poder producir un verso, por ejemplo?

La irrevocable voluntad de compromiso del intelectual del siglo xx tendría que ejercerse, en primer lugar, con respecto a lo que es su propia actividad, que lo define como tal. Un intelectual ante lo primero que debe comprometerse es ante su propia inteligencia y su propia dedicación humanística, literaria o artística. Medir a los intelectuales por el grado de compromiso político concluye en introducir un rasero inapropiado para juzgar un valor que tiene peso propio y especificidad concreta y no precisamente baja. Heidegger o Ezra Pound fueron un buen filósofo y un excelente poeta a pesar de que las causas por las que lucharon no fueran justas. La propensión «sociológica» que se ha convertido en habitual a la hora de juzgar a artistas y literatos tiene el considerable peligro de provocar desenfoces y errores de juicio graves.

Hay, sin embargo, que admitir que en la creación intelectual existe siempre un reducto de insatisfacción permanente. La independencia con respecto al poder, la libertad de juicio frente a las presiones de todo tipo, la práctica diaria de la invención verbal o de la dialéctica de las ideas, siempre que son sinceros, provocan una evidente insatisfacción ante la realidad circundante. En ese sentido debe admitirse como cierto que el intelectual es, evidentemente, «un eterno aguafiestas», como ha escrito Mario Vargas Llosa. Lo es porque por su propia profesión tiende a poner en solfa, inevitablemente, conceptos acuñados que son admitidos sin juicio previo por parte del ciudadano corriente.

Pero de esa insatisfacción surgen precisamente los problemas en la relación entre el intelectual y la libertad. Ortega escribió en una ocasión que allí donde aparecen cosas imposibles como «platos de ternera sin ternera y cuchillos sin hoja y sin mango», allí inevitablemente hay un intelectual no ya insatisfecho, sino en realidad resentido. La insatisfacción es inevitable y aun obligada, pero (y esto no es fácilmente aceptado por los intelectuales con carácter habitual) esa insatisfacción puede tener también resultados negativos graves e incluso irreversibles. Isaiah Berlin cita en un texto suyo sobre la materia unos versos del poeta griego arcaico Arquíloco: «Muchas cosas sabe la zorra, pero el erizo sabe una y grande.» El escritor inglés utilizaba este texto para distinguir entre dos tipos de actitudes ante la vida política: la zorra que sabe muchas cosas puede ser el paradigma del escepticismo; el erizo que tan sólo sabe una, pero ésta le domina totalmente, resulta de manera evidente el ejemplo arquetípico del fanático. Ahora bien: ¿a qué tiende más el intelectual? Podría pensarse precisamente que la dedicación al mundo intelectual favorece el escepticismo, pero no es, sin embargo, necesariamente así. En determinadas actividades intelectuales, literarias y artísticas es precisamente el dominio de una idea, característica del erizo, lo que predomina

y lo que induce, en definitiva, al fanatismo. Entre los intelectuales se han dado los mayores casos de fanatismo que recuerda la historia; por eso el término «odio teológico» aplicado a las disputas de la escolástica medieval es un término históricamente motivado. Vargas Llosa ha explicado esa tendencia a convertirse en un erizo de los intelectuales al decir que ellos son «amantes de los terremotos» y, por tanto, poco propicios a los avances parciales reformistas, lentos y dubitativos frente a la posibilidad de una recomposición apocalíptica y total de la sociedad.

En estas condiciones, ¿cuál es la relación del intelectual con el sistema de libertades que constituye, en definitiva, la democracia? En realidad, esa actitud no es, por supuesto, unívoca, sino que *alcanza*, muy diversas matizaciones que dependen de las características propias de la persona en cuestión y que dependen también, por supuesto, de las circunstancias históricas. Hemos visto que, en teoría, un intelectual, puesto que necesita la propia libertad para desenvolverse cotidianamente, tendría que ser un defensor de ella hasta el final. Un intelectual también debiera ser consciente de que la libertad es un sistema global en la que sus diferentes concreciones se engarzan de tal manera que si falla una se ponen en peligro todas las demás. Pero sucede con frecuencia que no es ésta la realidad. Al intelectual le amenazan toda una serie de tentaciones que pueden llegar a desfigurar de manera radical su vocación por la libertad y disminuirla, ponerla en grave peligro o, en el peor de los casos, contribuir de forma importante a su desaparición radical.

La primera tentación es la de convertir la posición intelectual en una visión religiosa de la realidad y, en consecuencia, también del compromiso político. Ya hemos citado las frases de Vargas Llosa, según las cuales el intelectual sería un amante de los terremotos. Pero lo más grave de ello no es eso, sino que en muchos casos, en aquellos en que el intelectual ha desembocado en el totalitarismo, practica un género de arrogancia por el Conocimiento de la Verdad, con mayúscula, que en el caso del marxismo o del fascismo presupone no sólo la posibilidad de la entrega hasta la muerte propia, sino la posibilidad de la muerte ajena. Karl Popper descubrió la necesidad del escepticismo a partir precisamente de la crueldad que deriva de la visión religiosa característica al ideario de algunos intelectuales. Cuando Aron definió, por ejemplo, al marxismo como el opio de los intelectuales acertaba, desde luego, plenamente (Octavio Paz ha escrito no hace mucho tiempo, sobre su diagnóstico, que se expresó «con la crueldad de lo exacto»). En efecto, el marxismo (e igual el fascismo) es el prototipo de ese ideario al que incondicionalmente se suelen sujetar los intelectuales y sumergirse en el olvido de sus escrúpulos morales. También Simone Weil acertaba cuando lo calificaba como el opio del pueblo en el sentido más impuro de la palabra.

La segunda tentación es la de la frustración. Un intelectual necesariamente es sensible a la respuesta del público porque sin él no se entiende su obra. La relación entre la obra y quienes tienen que disfrutar de ella es a menudo complicada para el artista o el literato. Es una relación frágil que

muchas veces se basa en la adulación y que muchas veces quiebra inesperadamente. En esas condiciones es muy frecuente que la frustración personal se traduzca en unas actitudes que pueden poner en peligro gravemente el régimen de libertades. El intelectual puede pretender convertirse en conciencia crítica de la sociedad en un sentido en el que se autoatribuya una fuerza y una responsabilidad excesivas. Puede convertir su actitud en una pura y simple pose. Vargas Llosa ha hablado del «intelectual barato» que reproduce las posturas que se esperan de él y que, por ejemplo, en el mundo iberoamericano es siempre protestatario contra unas estructuras sociales y políticas en las que, en el fondo, está profundamente integrado.

Sorprende, si la libertad es tan imprescindible para el intelectual, la tendencia repetida que se observa en las sociedades pasadas y en las del presente a aceptar con entusiasmo una parte de la libertad o la libertad para unos pocos e incluso la suspensión temporal de las libertades. Tocqueville decía de la libertad que era la primera de sus pasiones y que si en cualquier ocasión y en cualquier tiempo y lugar pensaba que habría sido un entusiasta de ella en los tiempos que corrían, se sentía incluso inclinado a adorarla. Pero esto, mucho más necesario ahora que en el pasado, no parece haber sido lo característico de los intelectuales en todos los casos. Se ha justificado la existencia de una parte de la libertad, pero al mismo tiempo considerando las otras partes como algo necesariamente malo. Duverger habló no hace mucho tiempo de las dos caras de Occidente: por un lado, el régimen de libertades, y por otro, la supuesta explotación económica que le caracterizaría. No se daba cuenta de que el mundo de las libertades es tan complejo y, al mismo tiempo, tan coherente, que sin las libertades económicas no son comprensibles tampoco las libertades intelectuales. Es muy difícil que el intelectual condene la libertad de expresión o la libertad de pensamiento, pero no es tan infrecuente que considere que existiendo la libertad de creación intelectual, al menos parcial, las otras libertades puedan suprimirse de forma temporal. Todos los regímenes de corte totalitario originariamente dejan una cierta libertad de expresión en el mundo intelectual mientras que están aplastando las otras libertades: las de carácter social y las de carácter político. Existe, además, la tendencia de caminar hacia una «libertad positiva» en el sentido que le daba la expresión San Agustín o los grandes revolucionarios del siglo xx por el camino de un supuesto atajo a través de la destrucción de las libertades, con minúscula, pero de carácter concreto. Y hay que decir rotundamente que la libertad no es la igualdad ni la fraternidad, pero que sin libertad no hay ni fraternidad, ni justicia, ni esperanza de igualdad, como escribió Octavio Paz en *El ogro filosófico*. Quienes creen que mediante la desaparición temporal de las libertades se llega a la Libertad, con mayúscula, muy pronto se convierten en intelectuales «desalmados» que justifican todo por razones que muchas veces tienen que ver con la corrupción moral, pero también, otras, con la corrupción puramente intelectual. Los verdaderos bárbaros del siglo xx son quienes exculpan como accidentes o incidentes de la historia las

dictaduras o quienes admiten la barbarie de juzgar que la igualdad solamente se puede conseguir mediante la desaparición de la libertad.

Hay un cuarto aspecto que es necesario también recalcar y que lo es, precisamente, de forma especial, porque no se le suele tener demasiado en cuenta por desgracia. «Oh libertad preciosa, conocida tan mal de quienes la tienen», cantó el poeta Lope de Vega. En efecto, quienes viven en un ambiente de libertad no se dan cuenta de hasta qué punto ésta es una planta frágil capaz de entrar en crisis en las circunstancias adversas por pequeñas que éstas puedan parecer. Hay, sin duda, en Occidente un cierto «terrorismo de salón» que justifica idearios que son homicidas y liberticidas y que lo hace cantando a una revolución que en el fondo no se quiere verdaderamente. El compromiso intelectual de Zola fue peligroso y sinceramente deseoso de buscar la verdad; uno se pregunta hasta qué punto sucederá esto en el mundo intelectual actual. Ahora, cuando los intelectuales son más y son más independientes, parece que no saben ejercer esa independencia con responsabilidad. Se exagera en exceso la voluntad de estar a la altura de los tiempos y se olvida, en cambio, la necesidad —como decía Julián Marías— de estar «a la hondura de los tiempos», es decir, de ser capaz de mantener una trayectoria inequívoca, firmemente aferrados a unos principios invariables. En su famosa polémica en los años cincuenta con Camus, Sartre le reprochaba no estar ni a la derecha ni a la izquierda, sino «en el aire». El juicio era injusto, pero, en cambio, resulta perfectamente aplicable a muchos intelectuales que se guían por los principios cambiantes de la moda y que circulan como meteoritos por el complicado mundo de las ideas. Tan irresponsable es una exclusiva función legitimadora, propia de escribas complacientes y de cortesanos, como una exclusiva función crítica con respecto al sistema político y social vigente. Quizá uno de los mejores ejemplos de esa exclusiva función crítica nos lo encontremos en los intelectuales alemanes durante la República de Weimar. Deterioraron gravemente a la democracia y abominaron del orden social, liberal y burgués. Pero su cultura excesivamente crítica acabó refugiándose en los Estados Unidos cuando, en parte como consecuencia de su actitud, los nazis alcanzaron el poder.

Fácilmente se comprobará el peligro que para el sistema de libertades representan estas cuatro tentaciones del intelectual del siglo xx. Lo cierto es que, como recordaba Walter Lippmann, el régimen democrático sólo puede funcionar con una filosofía que le es peculiar, aunque no sea muy concreta y aunque admita una pluralidad casi infinita de matices. La democracia es una concepción de la vida y del hombre que incluye la confianza en el individuo, una cierta actitud empírica, la concepción del Estado como algo instrumental, la idea de que básicamente los seres humanos son iguales y, en fin, la tesis de que los medios deben ser siempre legítimos y no convertirse en ilegítimos en función de los fines. Ahora bien: en estas condiciones una ruptura del difícil equilibrio en que se basa esta actitud puede convertirse en liberticida, y de hecho lo ha sido en muchas ocasiones. Trotski dijo que el

éxito de la revolución rusa de 1917 fue el de un hombre fuerte que golpeaba, a un tullido, y ello no por razones tanto políticas como por las mismas razones intelectuales. El poeta alemán Heine recordaba, en los tiempos de la revolución liberal, que no había que infraestimar el poder de las ideas engendradas en la soledad de una habitación por un filósofo. Es evidente, pues, que una solapada labor liberticida en el terreno intelectual puede tener consecuencias funestas en un plazo medio de tiempo.

En los últimos años hemos descubierto, en efecto, hasta qué punto el valor de las ideas realmente puede afectar de forma sucesiva al sistema de libertades. Como es lógico, desde el mundo intelectual no se han atacado directamente las libertades de expresión o de pensamiento, pero se han defendido esos paréntesis supuestamente temporales y luego convertidos en infinitos y se ha pensado en un tipo de socialismo que hiciera desaparecer parte de las libertades fundamentales (por ejemplo, la de empresa o incluso la de empresa periodística) sin que eso afectara a la libertad general. En definitiva, se ha pretendido hacer coherentes racionalidades diversas: la del estatismo y el colectivismo con la racionalidad de un sistema global de libertades. El sociólogo americano Daniel Bell ha señalado hasta qué punto el modernismo cultural, que teóricamente no debería influir en el terreno político, se ha traducido en un radicalismo ideológico que ha afectado al mundo de algunas libertades y, por tanto, también al sistema global de libertades.

Las circunstancias presentes, sobre todo desde hace algún tiempo, han implicado un significativo cambio de rumbo. La supuesta «nueva filosofía francesa» y el renacimiento de actitudes liberales o libertarias (que se ha producido tan tímida y tardíamente en España) no han introducido verdaderas novedades en el pensamiento, pero sí que han descubierto de forma definitiva la torva faz del totalitarismo. Han descubierto, en definitiva, que el supuesto paraíso imaginado por ciertos intelectuales no era nada más que un torvo infierno y que la libertad es una planta frágil que en el siglo xx está azotada por el viento de la tragedia y de la barbarie. No se ha inventado nada nuevo,, pero se ha ratificado el valor ético de la resistencia al poder totalitario. Es más, quizá se está descubriendo también y precisamente a través del ejemplo moral de quienes han sido disidentes en un contexto totalitario que son todas las libertades las que entran en peligro cuando se afecta a una de ellas. En la contienda mantenida entre Sartre y Camus en los años cincuenta, con el transcurso de tres décadas, hemos descubierto que los valores de Camus: la mesura, la tolerancia, el respeto a la libertad y a la diversidad —aparentemente menos intelectuales que los de Sartre—, sin embargo, tenían mayor altura moral y mayor dignidad intelectual.

El problema es que esta actitud de resistencia ante el poder totalitaria y de reticencia ante su dignificación por algunos intelectuales muchas veces no se articula en una verdadera teoría, sino que se traduce en una pura discrepancia. La actitud del intelectual del mundo democrático y occidental debiera ser otra. Debiera ser esa característica del intelectual responsable que

incorporó a su trayectoria personal, año tras año, un Raymond Aron, verdadero «espectador comprometido» ante los acontecimientos cotidianos. Sólo la interpretación puntual de los acontecimientos diarios permite concretar esos nuevos valores que defienden la libertad como un todo coherente. Sólo ese realismo que se deriva del «entusiasmo escéptico» defendido por Julián Marías hace al intelectual defensor de las libertades, perpetuamente presente en la vida social y diariamente responsable ante una sociedad en la que es mentor y, al mismo tiempo, conciencia independiente. Sólo así, en definitiva, la personalidad del intelectual acabará identificándose con el sistema global «de libertades.

J.T.*

* Catedrático.